

VII

UN SOBERANO TRISTE

PERO en las entornadas pupilas azules del príncipe, aleteaba en contraste, su habitual melancolía. Al oírse proclamado Emperador, no exultaba de felicidad como Carlota, ni alteró su expresión cuando, extendiendo su mano derecha sobre un misal, dijo suave e impersonalmente, casi sin emoción ni entusiasmo:

"Yo, Maximiliano, Emperador de México, juro a Dios por los santos Evangelios procurar por todos los medios que estén en mi poder, el bienestar y la prosperidad de la Nación, defender su independencia y conservar la integridad de su territorio".

Y entonces, lo increíble: los mexicanos se doblegaron ante sus nuevos monarcas, conmovidos hasta las lágrimas porque un extranjero les iba a "defender" su independencia y a "conservarles la integridad del territorio", dominado desde hacía dos años por quien les procuraba ahora aquel redentor y que no era ajeno a anexárselo, cuando menos parcialmente.

Pero aquella ceremonia oropelesca, grotescamente teatral; aquellas palabras que sonaban a falso en sus labios, afectaron visiblemente al nuevo Emperador. No pudo Carlota desahogar en él su inmenso júbilo. Cuando sus flamantes súbditos hubieron par-

tido del castillo hacia su alojamiento en Trieste, Maximiliano fue presa de una crisis de angustia y tristeza profundas. Por tres días se encerró en el invernadero de Miramar, sin querer ver a nadie, ni siquiera a la Emperatriz. Y allí escribió los versos proféticos que auguraban casi su fatídico destino.

Su médico, el doctor Jilek, lo hizo reaccionar al fin. Había que visitar a Pío IX para obtener su bendición. Precisaba despedirse de su madre, la Archiduquesa Sofía quien habría de escribirle en 1866 a Orizaba, incitándolo a que se quedase en México para mantener su dignidad y cumplir con su destino. También había que decir adiós a su imperial hermano, Francisco José, que poco antes lo había hecho firmar su renuncia irrevocable a los derechos de sucesión al trono austriaco. Después, era ineludible una visita postrera a Napoleón y a Eugenia, los solícitos padrinos que aseguraban a Maximiliano haberle entregado "un trono sobre un montón de oro".

Carlota iba feliz de viaje en viaje a través de Europa. Se hizo confeccionar todo un espléndido vestuario, digno de su nuevo rango, en que predominaban los encajes venecianos y las puntas de su nativa Bruselas, las ricas sedas de color malva y rosa, o los regios brocados en blanco y oro que tan bien sentaban a su morena belleza.

En cambio él no abandonaba su melancolía ni su expresión escéptica y ausente. Quizá intuía ya que en las cortes que visitaban, algunas lenguas malévolas lo llamaban, a sotto voce, el "archiduque" (el archiengañado), en lugar del Archiduque. Tal vez pensaba también, como luego se lo dijo Castelar en una carta publicada más tarde, que otro emperador mexicano, Agustín de Iturbide, había acabado en el paredón.

O quizá presentía que los Estados Unidos, ocupados en el mo-